

Lo que pasa—en definitiva—es que en la fauna austera de los filósofos hay una familia atormentada como ninguna otra; una familia en cuyas pupilas espejean los tormentos del báratro, familia que se retuerce en el asador del pensamiento como el santo aquel evocado por Unamuno en la *Agonía del Cristianismo*: es la familia de los «existencialistas» que iniciándose con Soren Kierkegaard (Kierkegaard significa «cementerio») culmina en lo actual con uno de los pensadores más violentos y macizos de que se tengan noticias; Martín Heidegger. A esta familia pertenece Nietzsche, y no es uno de sus más insignificantes miembros.

Dejo de mano estas consideraciones, no sin antes recalcar que ellas tienen una alta finalidad positiva, ya que enderezadas a disuadir de una sentencia tienden a exaltar un libro, al cual deben ser necesariamente sacrificadas.

Con este libro, don Enrique hace valiosa y bella ofrenda a la juventud.

Demuestra cómo el talento creador de un hombre es responsable de su influencia; demuestra cómo a una concepción esteticista debe preferirse una moralista; y demuestra sobre todo hasta qué punto son capaces los payasos de contrahacer con su poder mínimo exuberante las actitudes exteriores de los protagonistas, hasta qué punto son capaces de enajenar a la masa con la insolencia de sus oropeles, funámbulos que caminan por una cuerda tensa entre la brutalidad y la muerte, ebrios de vacuidad y con el destino cierto reservado a toda insensatez... —MARIO OSSES.

<https://doi.org/10.29393/At234-212PPVM10212>

PEDRO PABLO RUBENS, por *Antonio R. Romera*.  
Editorial Poseidón. Buenos Aires

El dibujante y escritor español Antonio R. Romera firma el reciente volumen publicado por la Editorial Poseidón, en su Biblioteca Argentina de Arte.

En la obra se incluyen 53 reproducciones en negro y 3 en color, verdadero alarde de precisión y técnica litográfica.

El autor ha conseguido realizar plenamente lo que sin duda fué su pensamiento estético y formal en la génesis de su trabajo. Es decir, esbozar toda una serie de elementos previos que nos permiten ir situando al genial pintor en sus propias experiencias vitales, en los ámbitos de su formación pictórica y en la reacción de su especial sensibilidad frente a las modalidades técnicas de los grandes maestros.

Antonio R. Romera nos lleva, en alas de su prosa eufónica y bien trabajada, a recorrer los paisajes de un Flandes que, antaño, en los tiempos del pintor-diplomático, conoció la fortuna de vibrar «con pasión sensual en el goce de vida de sus campos y ciudades». Rubens tuvo el privilegio de vivir y hacer suyos delicados paisajes y sutiles atardeceres, la reverberación de las carnes ampulosas y el recorte, desdibujado en tonos áureos de las rubias cabelleras. Impresiones que el pintor devolverá más tarde en sus telas.

En breves líneas se estudia el contacto de Rubens con otros pintores y las posibles zonas de influencia, si bien se destaca la documentada afirmación de que el autor de «Las tres gracias» supo, con su inteligencia discriminatoria, aprovechar los elementos que vigorizan y fortalecen sus lienzos, cubriéndolos hasta recrearlos totalmente con su visión estética y con su auténtica personalidad.

El tema del desnudo adquiere en Rubens infinitas variaciones, referidas a un mismo modelo. Susana Fourment, en el que su pupila descubrió la delicada curva de los senos, el renacer de un sensualismo erótico y la perfección biológica de una grupa con calidades suficientes para convertirse en el centro de gravitación de los primeros planos.

Las etapas en que se desenvuelve la ascendente maestría del artista se nos presentan en este libro con las acotaciones de varias obras. De la modalidad romanizante, se desliza Rubens

a lo que pudieran llamarse los períodos italiano y flamenco para desembocar en el de la ternura y delicadeza. «En sus oros encendidos se anticipan el luminismo y la atmósfera impresionista». El romanticismo pictórico tiene un sólido antecedente en el barroco rubeniano.

Uno de los aspectos más valiosos de este libro es sin duda el que se refiere al estudio del soporte geométrico de los cuadros de Rubens. Y lo estimamos de singular interés por cuanto las publicaciones de este género nos tienen acostumbrados a silenciar las interesantes proyecciones de esta modalidad del examen crítico.

Antonio R. Romera nos habla del esquema interno de algunas obras en las que se entrecruzan, en complicada red, curvas, círculos y espirales; conexiones todas ellas propias de la visión barroca de la naturaleza. Siguiendo las anotaciones técnicas del autor es fácil la aventura que supone lanzarse al examen de algunas de las reproducciones que figuran en el volumen.

En «La erección de la cruz», lámina 13, se descubre el predominio de la diagonal que une los ángulos superior izquierdo e inferior derecho. Las figuras, aunque afirmadas en la tierra, pugnan por evadirse en una vibración dinámica que llega a diluir la figura de Cristo. El cuadro «Susana y los ancianos», lámina 15, revela la preocupación del artista por situar el centro de interés de su obra, no en la leve parábola de los senos, ni en la perfección de una prometedor cinturón, sino en una línea de espanto que atraviesa el lienzo de norte a sur. En los ojos de Susana Fourment se adivina la serenidad y el enigma de la Gioconda. Y en «La Poseída», lámina 37, juegan su danza elementos técnicos, tales como la ausencia de demarcación de las líneas entre las figuras, algo que más tarde hallará su perfecta culminación en Goya.

La obra de Antonio R. Romera es una invitación al pensamiento discursivo y, en consecuencia, abre el surco de una ade-

cuada posibilidad de perfección en trabajos de interpretación crítica. La Editorial Poseidón, al presentar el libro en forma impecable, pone de manifiesto su jerarquía y digna preocupación.—VICENTE MENGOD.



CASA DE LA INFANCIA, por *Luis Durand*. Editorial Orbe. Santiago de Chile, 1944.

Habíamos admirado en Luis Durand, a través de su obra «Presencia de Chile», el gran amor por su tierra: su corazón ancho y dado a todo cuanto signifique Chile: su naturaleza, sus hombres, su vida que se enciende, de cordillera a mar, hasta el último límite del Fuego.

Hombre, desde cualquiera magnitud, ama y admira al hombre por su calidad humana, por la recia contextura de su naturaleza, por el impulso siempre creciente de su fuerza interior. Sus personajes son de hechura férrea, de una línea, firmes; en su estructura, como completando nuestra nacionalidad, se mezcla el tipo endurecido por las minas con el otro arreciado por los vientos del sur, y la naturaleza un tanto salvaje de sus campos. Durand conoce a nuestros hombres, y porque los conoce es que puede medirlos y construirlos fielmente, creando figuras nítidamente humanas.

Es ya bastante para un escritor lograr, en medio de tanta caricatura, la medida precisa de un hombre. Si el individuo de esfuerzo y de trabajo, el campesino, el obrero, el «roto», se pierden mañana de nuestra nacionalidad, los libros de Durand serían el documento fiel donde podrían reconstruirse, pues nuestro autor puede considerarse algo así como el historiador de su psicología, de su idiosincrasia, de su conformación espiritual. Nada escapa a su observación: ni sus gestos, ni sus palabras, ni sus frases. Coge el folklore nacional y nos lo transmite sin